

ANA MARÍA PEPPINO BARALE*

Orfandad entre fantasmas

No la conocí personalmente, pero sí su obra, de ahí que la siento como parte de mi mundo personal, incluidos a sus propios fantasmas. Queda su extensa, diversa, inteligente, rebelde, comprometida, extrañable obra que ya es parte del ser argentino, pero que sobrepasa generosamente su geografía original. María Elena Walsh nació en el conurbano bonaerense (Ramos Mejía, 1 de febrero de 1930) y, apenas diez días de inaugurado el año 2011, “se marchó / Nadie supo bien por qué [...] un poquito caminando y otro poquito a pie”, tal como dice la letra sobre su personaje más conocido: la tortuga Manuelita. Así, decidió unirse a sus fantasmas y nos dejó anhelando, *como la cigarra*, que pronto estará aquí *resucitando*.¹ Porque sus escritos, sus poemas, sus canciones infantiles y para adultos, se quedaron para revivirla.

Como articulista, defendía con tesonera enjundia sus puntos de vistas; desde temas tan ásperos como la pena de muerte cuya implementación se discutió durante la presidencia de Carlos Menem, y a la que ella respondió con una enumeración de injustas aplicaciones históricas de la misma, para concluir sentenciando que “cada vez que se alude a este escarmiento la Humanidad retrocede en cuatro patas”.² Igual, en 1996 el diario *La Nación* publicó “La eñe también es gente”, en el cual defendía la supervivencia de esa letra pues había sido ignorada por los programas de *software* en la Internet del momento.

Con *Fantasmas en el parque*, María Elena Walsh nos lleva de la mano no sólo por los senderos del parque Las Heras de la capital argentina sino, por los continuos *flash back* de su propia vida, nos comparte sus conocencias, sus anécdotas, su forma personal de ver e interpretar la vida y a las personas. Obra firmada en Buenos

Walsh,
María Elena.
*Fantasmas en
el parque*.
Buenos Aires,
Alfaguara, 2008.

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

¹ “Tantas veces me mataron, tantas veces me morí, sin embargo estoy aquí resucitando...”, *Como la cigarra*, 1972.

² *Clarín*, 12 de septiembre de 1991.

Aires el 22 de noviembre de 2007 cuando la autora, de 77 años, decide dejarnos mirar por sobre su hombro este *collage* resultante de 258 páginas que anima a construir el sumario pues carece de él, lo que escamotea la posibilidad de dar una mirada rápida a la estructura. Por el contrario, juguetonamente, obliga a interpretar el sentido de las cuatro fracciones mayores y sus divisiones interiores, enumeradas arábigamente e intercaladas con recuentos autobiográficos que tienen nombre y fecha, pero que se suceden sin orden cronológico. Como Walsh misma aclaró en una entrevista: “*Fantasmas en el parque* no es un libro propiamente autobiográfico, sino apenas un relato en el que pongo a salvo algunas reliquias dispersas entre los recuerdos”.³

Relato fragmentado, apuntes de sucesos y personajes, anécdotas risueñas y otras no tanto, citas, agendas, recuentos, todo entrelazado con las vivencias de una personaje (ella misma) que rutinariamente visita el parque Las Heras, ahí se encuentra con otros habitantes del barrio —¿reales?—, acostumbrados como ella a visitar cotidianamente ese solar arbolado; lugar que para los más viejos está indisolublemente unido al recuerdo de la Penitenciaría, de su imponente edificación que siguió el modelo panóptico de Bentham y que abrió sus rejas en 1877, en Palermo, el barrio porteño cuyo origen relata Jorge Luis Borges en su *Evaristo Carriego* (1930): “Entre los fondos del cementerio colorado del Norte y los de la Penitenciaría, se iba incorporando del polvo un suburbio chato y despedazado, sin revocar: su notoria denominación, la Tierra del Fuego”. Sin duda, en relación con el penal de Ushuaia (1904-1947), que no pudo ser destruido —hoy es museo—, por esa pasión malsana e irrespetuosa que en 1962 acabó con el reclusorio palermitano, según anota la misma autora.

En parte del espacio resultante nació el parque que lleva el nombre de una de las avenidas que lo limita —la otra, Coronel Díaz—; por ese paraje, bajo la sombra de hermosos y centenarios árboles, se suceden los encuentros reiterativos con la Negra y la diminuta, que no enana, Ombretta; con Mario de Elisalde y otros seres circunstanciales que cruzan, corren, toman sol, pasean a los nenes, lanzan las cenizas del marido, practican tai-chi, etcétera. Las dos primeras funcionan como *sparring partner* que le permiten a Walsh tratar aspectos personales. Con Ombretta aclara el porqué tiene una pierna más corta que la obliga a usar un zapatón para nivelar su columna; con la Negra, en un acto catártico, supera su prover-

³ Patricio Lennard, “Vida mía”, suplemento *Radar*, Página 12, 2 de noviembre de 2008.

bial pudor, su prurito de conservar las cuestiones íntimas como tales, para hablar con la experta de su tormentosa relación con su única hermana y, sobre todo, para dejar claro que su relación con la fotógrafa Sara Facio, con quien convivió más de treinta años, no tiene nada que ver con la hermandad sino que es su gran amor, “ese amor que no se desgasta sino que se transforma en perfecta compañía”.

Con Mario de Elisalde, quien fue comisario de a bordo de Aerolíneas Argentinas, evoca la caída del muro de Berlín y las cruces blancas que recordaban a los caídos, igual que las colocadas en la Plaza de Mayo por los veteranos de Las Malvinas. La Negra y María consuelan a Ombretta que llora la muerte del Papa que era igualito a su abuelo genovés.

Las anécdotas reales van desgranando nombres que hoy se escriben con mayúsculas en la historia de la cultura; entre los fantasmas: Borges, Silvina y Victoria Ocampo, Adolfo Bioy Casares, Julio Cortázar, Eduardo Mallea, Juan Ramón Jiménez, Norah Lange y Oliverio Girondo; entre los vivos: Marta Argerich y Bruno Gelber, nacidos el mismo año y extraordinarios pianistas; la actriz Graciela Borges, con su aparición intempestiva en *La Bagatelle* la casa de campo de María Herminia Avellaneda, en 1985.

Referencias a Stephan Zweig, Proust, Doris Lessing, Marguerite Yourcenar, Flannery O'Connor, se intercalan con los recuerdos de un París de 1953 (donde se refugió con Leda Valladares escapando del peronismo), con la inusual crecida del Sena y la consiguiente invasión de ratas; seguidos por otra remembranza de 2004, cuando visita –en París– a su amigo Pepe Fernández, en cuya casa porteña cincuenta años antes, la fotógrafa Grete Stern la fijó, jovencita María Elena, asomándose por una ventana. Un suceso humorístico fechado en 1965 en Francia, tiene como protagonista al uruguayo Ángel Rama que acepta la invitación de Walsh y su grupo para visitar la casa de Ravel en Montfort l'Amaury, en el suroeste de París, pero él entiende que lo han invitado a “morfar⁴ en Lamorisse”. Igual humor encierra lo anotado en una de las agendas: “Señora se ofrece para medir endecasílabos. También versos de otros metros. Va a domicilio”.

La acomodada desestructuración de los contenidos facilita brincar de un lugar a otro para elaborar una ruta personal de lectura. El acercamiento lúdico es, pues, una manera de andar entre la realidad y la fantasía que resulta tan creíble o posible como

⁴ Del lunfardo: comer.

la primera, pues personajes y situaciones tienen igual atractivo, particularmente cuando a los primeros sólo los conocemos a través de su obra o de lo que se ha escrito sobre ellas y ellos. Para el caso, ambos tienen la misma categoría de fantasmas, sólo que de los reales se tienen mayores referencias y por lo tanto, ya han trascendido la lejanía física y sus obras se han instalado en nuestra memoria cultural. De un modo u otro, resulta un acompañamiento a una creadora que divaga, recuerda, anota, ríe, derrama una que otra lágrima o lo hace copiosa y desconcertadamente al encontrar en la playa un hueso de caracú, situación que la llenó de melancolía recordando la pelea por ganar el privilegio de quedarse con el anhelado componente del puchero familiar. ¿Nimiedades? Pues sí, la vida está llena de insignificancias, pero la suma de ellas constituye nuestra identidad. Por ello, la lectura de *Fantasmas en el parque* resulta entrañable, pues deja entrever a una María Elena Walsh íntima, cercana, que en el trayecto final de la vida resuelve compartir con lectoras y lectores sus recuentos de vida. Fantasma ella misma, resulta un testamento, informal y cálido; también, un repaso de la vida literaria del Buenos Aires de su época.

A determinada edad el futuro deja de tener importancia –se lo presume breve–, y comienza a aumentar el valor de los recuerdos que pasan a ser más vívidos que el propio presente. De ese modo, no importa la fecha del suceso porque éste asume un protagonismo casi contemporáneo, por eso el orden circunstancial es secundario y los fantasmas van tomando presencia escrita en una disposición memoriosa, que igual disuelve fronteras geográficas. Así, los recuerdos del París al que arribó en 1952 con Leda Valladares (San Miguel de Tucumán, 1919) y donde nació el dúo folklórico Leda y María, se entrecruza con la invitación a tomar el té en casa de Silvina Ocampo y Bioy Casares, en la calle Posadas de la capital rioplatense.

La fantasía, ahora del lector, permite acompañar los encuentros parisinos de Walsh a mediados del siglo xx: con Julio Cortázar presentándole a Italo Calvino; atisbando tras el telón del teatro musical de la *rue* Grenelle para (ad)mirar a Picasso; el reconocimiento en el Café de Flore de una “despareja pareja”: ella es alta, envuelta en un abrigo negro y la cabeza cubierta por un turbante blanco, él con “un traje que le ajusta como a un campesino endomingado (se murmura que Sartre y Simone de Beauvoir acaban de casarse secretamente)”; Joan Miró, Violeta Parra, fantasmas en la noche-madrugada parisina; y cierra, cuando el dúo Leda y María comparte el camarín con un debutante “de cuerpo enclenque y

cara gris", cuya voz áspera y maravillosa se adueñaría del espectáculo francés, Charles Aznavour canta por primera vez...

Buenos Aires, 1948, año de la visita de Juan Ramón Jiménez para encontrarse con lectores fervorosos de su *Platero y yo*, invitado por la revista *Los anales de Buenos Aires* (1946), misma que Borges dirigió desde el tercer número hasta su final en el número 23. Sara Durán de Ortiz Basualdo no sólo financió dicha revista, sino que también abrió puertas y páginas a "los chicos" como Walsh y su amigo Mario César Trejo (1926); por esa encomiable labor la autora de *Fantasmas en el parque* le rinde homenaje, porque "si no hubiesen existido esas damas y las perseverantes esposas de los escribas", las letras argentinas "serían un erial".

Anota en "agenda", año 1985, comida en la embajada estadounidense en honor a Susan Sontag, con quien compartió en un diálogo breve, "recuerdos y sinsabores" respecto al cáncer que ambas sufrieron.

La lectura llega con pesar a su final y la orfandad creciente encuentra alivio momentáneo en compañía de Neruda y Delia del Carril, quienes en "Los guindos", la casa de Santiago de Chile, recibieron a María Elena cuando ella contaba algunos años más de veinte e iba, en un extraño recorrido, hacia Europa. Mucho tiempo después yo misma visité el lugar y compré una copia de los caballos que pintaba La Hormiguita.

Al finalizar el libro, se constata que la mayoría de las personas recordadas por Walsh y ella misma... son fantasmas en el parque.

Hemerografía

Clarín, 12 de septiembre de 1991.

Lennard, Patricio. "Vida mía". Suplemento *Radar*, *Página 12*, 2 de noviembre de 2008 (consultado el 2 de junio de 2012)